

La epopeya de la clausura

Hacia el faro de Vigo

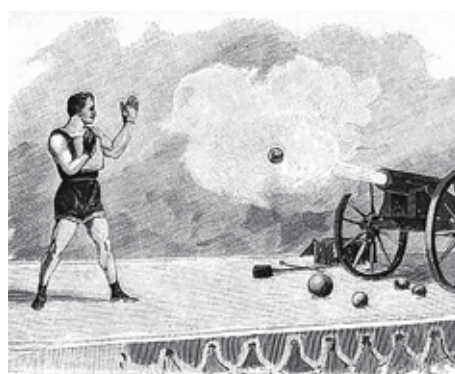
Christopher Domínguez Michael

I

Entiendo que la obra de Álvaro Cunqueiro puede dividirse en dos afluentes: el que recoge esas prosas tan perfectas sobre la variedad de los mares (y otros misterios) y el compuesto por las obras propiamente narrativas del gran escritor gallego. Ambos ríos van a dar a ese mar que es el vivir (que me sea perdonada semejante analogía), pues para Álvaro Cunqueiro la vida no fue otra cosa que ansiedad de fabulación.

Mi conocimiento de la obra de Cunqueiro es imperfecto y es esa imperfección la que me impulsa a escribir estas páginas. Quiero perfeccionarme en el aprendizaje de la lengua cunqueiriana y prefiero hacerlo en público. *Fábulas y leyendas de la mar*, *Tesoros y otras magias*, *Los otros caminos* y *La bella del dragón* son algunas de las recopilaciones que he leído entre las que Néstor Luján y César Antonio Molina han venido publicando desde hace más de una década. Confieso que abrir cada uno de estos libros ha sido como abrir el cofre fabuloso del pirata. Las joyas marítimas, mitológicas, eróticas o gastronómicas que Cunqueiro ofrece no tienen parangón, por la delicadeza de las piezas y el brillo de los hallazgos, en la literatura iberoamericana secular.

Como Borges, Cunqueiro escribió, con aparente facilidad, páginas perfectas. Pero más allá del donaire y la penetración de sus prosas, me parece que entre el argentino y el gallego no hay mayor identidad. A Borges le importaron unas cuantas cosas, quizá las más importantes, pero me atrevería a decir que no fue un escritor esencialmente curioso. Me quedo, si se trata de escoger, con la descomunal avidez de Álvaro Cunqueiro que, como Borges,



eso sí, cruzó los siglos y la mar inmemorial sin necesidad de moverse.

Las crónicas o estampas o bocetos que Cunqueiro publicó a lo largo de su vida periodística, hoy reunidos en libros, hablan de un escritor que todo lo quiere saber y todo lo debe contar: Scheherezada y su soberano en una misma persona. Enumerar los temas de Cunqueiro es una tarea difícil, pero puede decirse que su obra menuda es una estrella de cinco puntas cuyas coordenadas son las verdes colinas de San Brandán, la materia de Bretaña, su Galicia natal, la Provenza de los tiempos merovingios y el mundo de Odiseo. La constelación de Cunqueiro puede distinguirse desde cualquier hemisferio y para viajar entre una y otra de sus fronteras es útil cualquier embarcación, sea irlandesa, fenicia o cartaginesa.

Si casi toda la Creación se hace presente en la obra de Álvaro Cunqueiro ello se debe, me parece, a su carácter de escritor provinciano. Cunqueiro es uno de aquellos espíritus cosmopolitas bien resguardados en la tranquilidad de su tierra nativa, un hombre que concede el mismo valor a la más fatigosa menudencia filológica árabe que al cuento del pescador en la taberna. Esa universalidad le es

concedida a pocos entre los hombres, y me temo que Cunqueiro la poseyó de tal forma que trató el universo con la naturalidad de quien recorre a pie su modesta parcela. Y como en los textos de Cunqueiro todo cabe, el autor gallego anota la guerra, la mesa, la cama o el naufragio con la prodigalidad de quien es rey porque preside la mesa de su casa.

Álvaro Cunqueiro es autor de una de las pocas obras de literatura moderna en nuestra lengua que anula las fronteras entre Cultura y Natura, donde la gastronomía y la épica pelágica, por ejemplo, vuelven a unirse como en los viejos connubios anteriores a la desdichada modernidad.

II

Las escasas ocasiones en que he pasado por Madrid siempre he cumplido con la obligación de comprar una novela de Álvaro Cunqueiro. Pero, infiel, dejé dormir en la biblioteca *Las mocedades de Ulises*, *El año del cometa con la batalla de los cuatro reyes* y *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas*. La espera tuvo su efecto y no creo, como temía, que la lectura de las novelas de Cunqueiro vaya en demérito de mi cariño por la brevedad de su prosa.

En las novelas de Cunqueiro sobresale la escritura de una lengua de extraña resonancia. Arriba escribí que Cunqueiro es un autor de nuestra lengua, lo cual es inexacto, pues muchas de sus páginas castellanas las escribió en gallego y luego se traducían. Algo hay de macarrónico en la expresión tan castiza de Cunqueiro, como si su castellano fuera un eco de aquella edad de oro en que Alfonso el Sabio no se decidía en qué idioma es-

cribir, y el latín vulgar se retiraba dejando las bodegas llenas de grano y a las mujeres abandonadas.

Leer *Las mocedades de Ulises* es tomar una concha marina en Vigo y escuchar el canto de las sirenas tal cual quedó ante el imperturbable navegante. Las novelas de Cunqueiro son una combinación insólita entre el libro de aprendizaje y el libro de la mitología. Ulises en *Las mocedades* y Paulus en *El año del cometa* se hacen hombres en la medida del ejemplo de los héroes homéricos, de los caballeros bretones, de los césares romanos y de los patriarcas bíblicos. Nada me parece más natural que el desprecio instintivo de Cunqueiro por las cronologías. El relato de Cunqueiro se basa en el sagrado principio del primer cuento narrado junto a la hoguera, cuando dioses y bestias estaban a la altura del cazador.

Los personajes de Cunqueiro se convierten ellos mismos en los héroes cuyas hazañas aprendieron a escuchar. Ésa es la moraleja maravillosa de *Las mocedades de Ulises*, de *El año del cometa* y de *Cuando el viejo Sinbad vuelva a las islas*. En este último libro Cunqueiro resume su idea poética, tan devota de *Las mil y una no-*

ches. Hoy se habla mucho de cómo leer a los clásicos. Una respuesta sería: léanlos como Cunqueiro, con la soterrada esperanza de continuar la más entrañable de nuestras sagas.

III

Dado que soy mexicano, quizá sea pertinente preguntarme si encuentro en estas tierras algún espíritu cuya convocatoria sea grata para celebrar a Álvaro Cunqueiro. Mi respuesta es Alfonso Reyes... Pero cuidado, no me refiero al solemne y laureado humanista que hemos exportado con cansina obviedad. Pienso en el Reyes íntimo y glotón, tan erotómano que sus papeles íntimos duermen bajo cinco llaves, aquél que convocó a los cinco minutos de silencio en honor de Mallarmé en el Jardín Botánico de Madrid el 14 de octubre de 1923. Pues ese Reyes, autor de unas delicadas *Memorias de cocina y bodega*, habría hallado en Cunqueiro un camarada ideal para la sobremesa gastronómica y literaria. Juntos, a la hora de los postres y de los licores, hubieran sido tan exhaustivos con la *Odisea* como lo fueron, dicen, Dylan Thomas y Malcolm Lowry

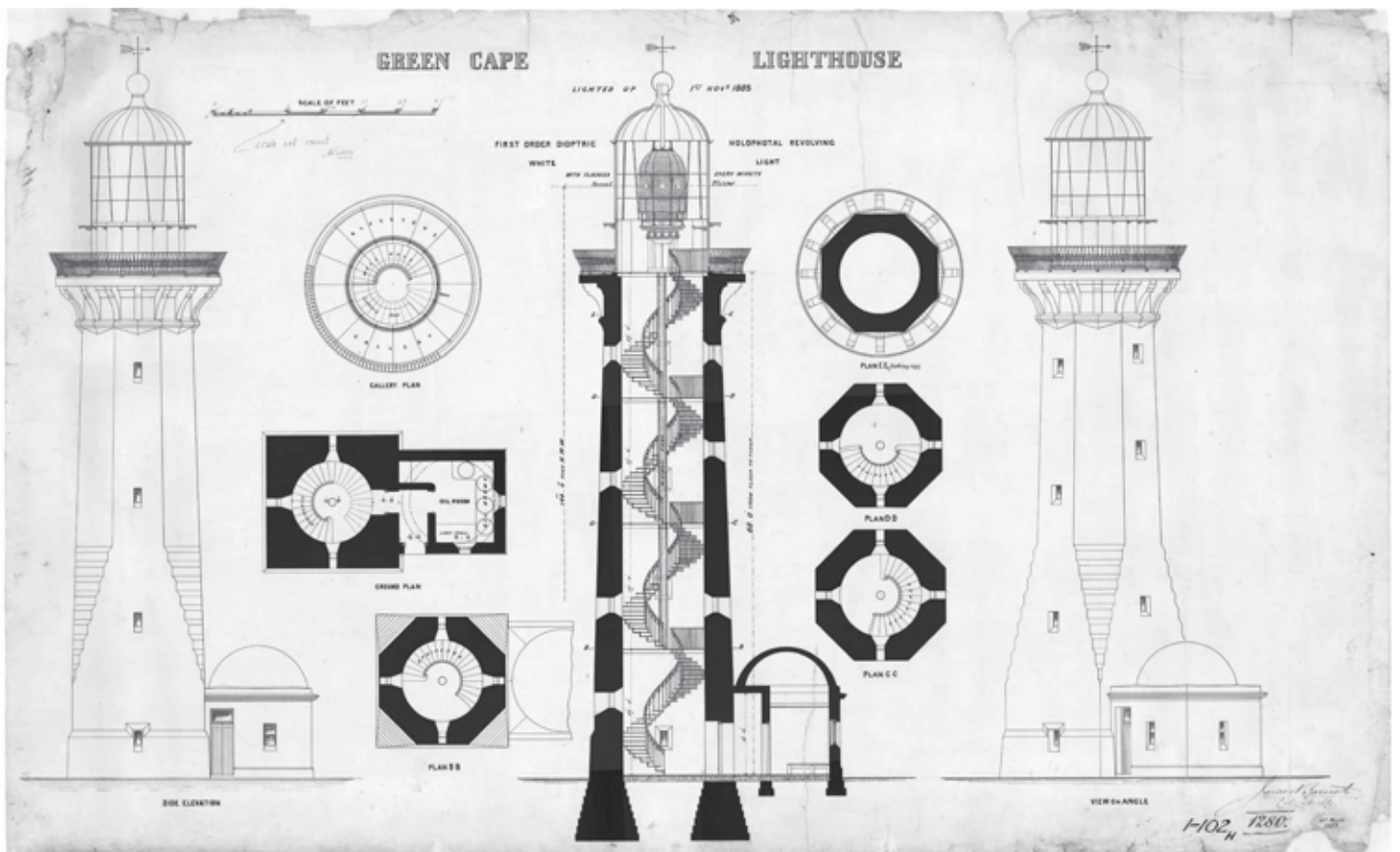
cuando secaron las tabernas de Londres. Me imagino a Reyes despidiéndose de Cunqueiro y confesándole que “si me hubiera sido concedido el don de novelar, habría intentado escribir libros como los suyos, donde Ulises parte”.

Los celtas dijeron al César que construir puentes es una desmesura humana que altera el orden de la creación. Eso dice Cunqueiro. Siendo así, desconfío del feble puente que he planeado hacia Cunqueiro, buscando ese faro de Vigo que no conozco, pero cuya pertinencia geográfica me tranquiliza.

Feble es una palabra que Cunqueiro repite con frecuencia.

La recuperación de Álvaro Cunqueiro es una de las empresas literarias españolas contemporáneas que me causan mayor entusiasmo. Y dado que no he leído todos los libros de Cunqueiro, doy fin a estas páginas. Me consuela, empero, recordar lo que Álvaro Mutis respondió cuando le preguntaron si conocía toda la obra de Conrad. “No”, dijo, “porque cada año de los que me quedan por vivir quiero leer algo nuevo de Conrad”.

Lo mismo espero yo de Álvaro Cunqueiro. **U** (1994)



Plano arquitectónico del faro de Green Cape, Australia, 1883